

tienda entre el idealismo y el realismo-naturalismo, tanto en la *psiquis* de Alas, como en la del resto de sus contemporáneos.

Este libro llegará a ser fundamental en la materia. No es de fácil lectura, porque está tan lleno de información útil y bien presentada, que es leer y releer para poder absorber y digerir lo que se brinda. El único posible obstáculo de lectura sería que mucha de la materia citada se presenta en la lengua original, cosa que para el estudiante de la tradición francesa no representará problema alguno; pero Caudet también cita sin traducir al español textos escritos en alemán o en inglés. A veces parafrasea lo citado, a veces no. En efecto, esto podrá representar una barrera insuperable para algunos lectores potenciales del tomo. En cualquier caso, de acuerdo con la evidencia que Francisco Caudet ofrece aquí, el siglo XIX, tanto en Francia como en España, sigue siendo un campo fértil que él ha sabido cultivar.

KEVIN S. LARSEN
University of Wyoming

PEDRO ORTIZ-ARMENGOL, *Vida de Galdós*. Crítica, Barcelona, 1996; 924 pp.

La aparición de una nueva biografía sobre Galdós, una más sobre las muchas que existen, es siempre motivo de expectante interés. ¿Descubriremos algo nuevo sobre el gran escritor, algo que ayude a conocerlo mejor, a permitirnos rebuscar más en su obra a partir de su vida? La gran empresa realizada aquí, a lo largo de las 924 páginas, con abundantes notas, con nuevos datos, algunos hasta ahora desconocidos, hace redoblar las esperanzas. Pero no hay que olvidar nunca el peligro de las biografías: después de leerlas detenidamente producen un sentimiento de insatisfacción, que no corresponde a la ímproba tarea que su elaboración exige.

La obra de P. Ortiz es indudablemente una obra concienzuda. El autor ha rebuscado por todas partes datos: desde las biografías preexistentes (cf. Presentación, pp. 8-16), hasta informaciones directas, ya sea con familiares de Galdós, ya con gentes que lo conocieron o que conocieron a conocidos. Ha visitado casas donde el escritor habitó: en Las Palmas, en Madrid (incluso nos informa si el edificio existe aún o si ha sido sustituido por otro: pp. 155, 197, 306) y ha llegado, en su celo, hasta establecer contacto con el Comité del Nobel de la Academia Sueca para investigar las causas por las que, después de muchos intentos, nunca le fue otorgado el premio a nuestro escritor, yendo personalmente a revisar los archivos (p. 715) y entrevistándose con miembros de Comité (p. 772).

Pero la labor que el biógrafo se impuso va mucho más allá de lo que el título del libro indica: no es sólo la vida de Galdós; está incluida una

revisión de las novelas conforme se iban escribiendo y publicando (de muchas de ellas hasta se narra el argumento, lo cual no sería preciso porque se trata de una obra para conocedores); se hace crítica de ellas, añadiendo, por supuesto, crítica de la crítica, además de la crítica de las biografías que se manejan. Empresa titánica, como puede colegirse, imposible de ser realizada cabalmente por una sola persona, aunque su capacidad sea muy grande, y que exigiría un equipo de especialistas para llevarse a cabo con rigor.

De aquí se deriva que ciertas interpretaciones, tal vez personales, tal vez generalizadas, no sean las pertinentes. Un ejemplo sería, al referirse a la literatura decimonónica, el hecho de situar en el mismo nivel y como dos grandes novelas, a *Sotileza* y a *La Regenta* (p. 397), juzgar *Peñas arriba* como una obra extraordinaria o afirmar que Pardo Bazán se ha adscrito públicamente “casi podríamos decir provocativamente” (p. 385), al naturalismo, cuestión investigada desde hace ya mucho tiempo, que nunca fue “adscripción”, sino un tibio interés literario. Atribuir el éxito de *Doña Perfecta* a que “Orbajosa es la España que muchos hispanistas de especial condición buscaban con ahínco hasta encontrarla en esta novela” (p. 292), es una postura un tanto defensiva. Da la impresión que a Ortiz-Armengol le molesta la existencia y la descripción de Orbajosa, y a ello se debe que la opinión de don Benito sobre Almazán “un pueblo precioso”, le provoque un comentario sarcástico: “Es decir, don Benito encuentra preciosas las pequeñas «Orbajosas» que pueblan la península” (p. 631).

La idea de que *Gloria* ha perdido interés (otra vez en el extranjero), a causa de los “personajes fanáticos y extremos de religión judía” (p. 315) es también un comentario general sin apoyo. Los juicios sobre *El amigo Manso*, caracterizando al protagonista como un muñeco, “un fantoche entrañable” (p. 358), ya sean personales, ya de algún crítico, no parecen muy atinados. Clasificar a *Realidad* como novela sociológica o psiquiátrica, o a *La de Bringas* como “del más riguroso costumbrismo” puede considerarse injustificado. A la primera se le dedican varias páginas, con un desprecio verdaderamente injusto: “En *Realidad* aparecen peroratas con fondo sociológico —un terreno que no era el propio del novelista Galdós— y existen igualmente tenaces olvidos del lenguaje real cuando escuchamos las dogmáticas disquisiciones sobre la moral, el amor, las conductas” (p. 452). Algo semejante ocurre con *Halma*, “un gran saco donde el autor va sacando objetos, presentándolos al lector, pero con escasa convicción, mecánicamente” (p. 518), novela que Ortiz-Armengol parece no haber entendido. Igualmente tosco es el juicio sobre *Lo prohibido*, basado en la media página que R. Gullón le dedica, “obra borrosa en la obra general”, en la cual se podría prescindir de muchas páginas (p. 395).

Ortiz parece molesto por la admiración de Galdós hacia Inglaterra, y le lanza furibundo réspice, aparentemente un poco fuera de lugar: “Era

dueño de juzgar que todo (!) en la admirable Inglaterra era óptimo en perfecciones, pero nos parece poco elegante que el señor Galdós, diputado «cunero» por manes de Sagasta, hubiese aceptado esa canonjía; en lugar de esforzarse en lograr una [*sic*] acta de diputado en la «House of Commons» como alterantiva preferible” (p. 465).

El Realismo, concebido como una reproducción lo más fiel posible de la realidad, es el que considera Ortiz cuando busca desesperadamente seres de carne y hueso como origen de los personajes galdosianos. Podría citarse, como ejemplo, la indagación sobre el posible modelo que hubiera originado a Torquemada, y la duda, ante el resultado infructuoso, acerca del realismo de Galdós (p. 504).

Considerar el teatro de Galdós como “cercano al de Echegaray” (p. 521) resulta una apreciación inconsistente, de nulo interés para la crítica, que poco favor hace al teatro del primero.

La relación de Galdós con los dos íntimos amigos, Menéndez Pelayo y Juan Valera (en realidad no tan íntimos), está tratada con muchas inexactitudes y con un aparente deseo de exculparlos. La fobia temprana de Menéndez contra don Benito fue real y auténtica, típica de su fanatismo juvenil. Resulta difícil creer que un hombre inteligente, un erudito serio como aquél, “había sido utilizado por las fuerzas conservadoras y católicas para cerrar el paso al novelista” (p. 720). Y no puede hablarse de la estrecha amistad entre Galdós y Valera, porque no hay el menor dato para demostrarla, ya que, en realidad, no existió. Sin embargo, en varias ocasiones se hace referencia a ella: “su amistad con Valera y el buen trato que este [*sic*] siempre le diera” (p. 448), o a “su amigo y admirador Valera” (p. 433), afirmaciones tan sin sustento como las que se censuran en algunos críticos. Basta con revisar el epistolario de Valera incluido en las *Obras completas*, para comprobar el desprecio a la persona de Galdós (cf. mi artículo “Juan Valera y Galdós: historia de una enemistad”, *BHi*, 93, 1991, 383-401) y la inquina contra varias de sus obras (las pocas que leyó, porque confiesa que le aburren).

Parecería excesivo el énfasis en algunos temas, como las muchas páginas dedicadas a la relación de nuestro escritor con Mesonero Romanos (pp. 284-316), el cual poco pudo aportar a la vida ni a la obra de Galdós. Aparentemente se trata sólo de una simple amistad, cierta cortesía del canario hacia un viejo y amable escritor. Los panfletos de Bonafoux son datos desagradables, aunque tal vez de algún interés para juzgar la calidad moral y literaria del periodista (p. 594).

Algunas cuestiones hipotéticas que Ortiz-Armengol plantea en relación con la vida de Galdós se quedan en meras suposiciones y resultan por eso vacías e inútiles; por ejemplo, qué hubiese sido de Galdós si se hubiese casado con Sisita (p. 106); la afirmación de que “su aspiración máxima seguiría siendo la de verse aplaudido en las tablas, anhelo supremo” (p. 151); ser don Benito “adorador de Moratín... su admirado don Leandro” (p. 263); el “pleno propósito” del escritor por “desagraviar” a Si-

güenza a causa de haber sido el modelo (?) para Orbajosa (p. 295). Lo mismo que el hecho de suponer infeliz a la señora Galdós, “y también a su vástago” a causa de ignorar la vocación literaria y la calidad de la obra de éste (p. 185); o la fantasía (en este caso no de Ortiz-Armengol sino parafraseada de R. Gullón) de ver en Marianela el recuerdo de Sisita (p. 327).

Producto todo lo anterior, como ya se ha señalado, del ímprobo esfuerzo que la obra reseñada supone, tratando de abarcar un universo tan vasto y complejo, imposible de ser llevado a cabo por una persona, tan imposible como la revisión de la extensa obra crítica que existe. Aunque mucha está citada, son sólo cuatro o cinco autores los que en realidad se tiene en cuenta. Además de Berkowitz, al que nos referiremos enseguida, Pattison, R. Gullón, Casaldueiro y Shoemaker son los que merecen más referencias.

La línea vital de Galdós está basada en gran parte en la biografía de Berkowitz (obra con ciertos valores, como es sabido, pero un tanto obsoleta y falta de bagaje crítico), aunque Ortiz la considera ya sin vigencia a la luz de nuevas investigaciones (p. 11). Pero parecería que el origen de este profesor norteamericano fuera la causa, para Ortiz-Armengol, de su incapacidad para el conocimiento de lo español. A él se refiere como “hebreo de procedencia lituana y nacionalizado” (p. 648), o “hebreo de origen letón, acogido en los Estados Unidos” (p. 10), o “el ingenuo profesor de triple nacionalidad” (p. 63), o “el crédulo lituano” (p. 59). De ahí parece derivarse su incompreensión: “hombre muy ajeno al mundo vital español, tanto por sus orígenes étnicos, nacionales y de vecindad” (p. 51). Sin embargo se sigue citando, aunque sea como testimonio inservible: “un profesor ingenuo y poco conocedor de personas e ideas con las que trata” (p. 809); “Berkowitz acentúa su escaso conocimiento de la política española” (p. 251).

Toda biografía presenta un problema básico que son las fuentes y es ahí donde surge el inevitable elemento subjetivo. Por ejemplo, para Ortiz-Armengol, información de toda confianza es la de doña Tomasa Pérez Galdós, hermana 14 años mayor que el escritor (p. 66). Rafael de Mesa, compañero de estudios de Benito, es “biógrafo de no completa fiabilidad, por lo irregular de sus datos: dispersos y dudosos a simple vista” (p. 54), sin embargo se recurre a él con frecuencia (pp. 718, 799, 809, 812, etc.). González Ruano tampoco parece otro buen biógrafo, como el propio Ortiz señala (p. 800), pero también incluye sus testimonios. Palacio Valdés, González Fiol ¿serían informantes imparciales? ¿Dónde está publicado el artículo de Ambrosio Hurtado de Mendoza (otro testigo familiar), que se cita en la p. 857, nota 283? Testimonios como “la tradición oral en la familia del escritor” (p. 770), o “noticias irrefutables que nos llegan” (p. 397) son tan imprecisas como las que se censuran en Berkowitz: “El biógrafo [Berkowitz] no nos dice de dónde obtiene este testimonio” (p. 294).

Es difícil exigir rigor a los demás si uno mismo no lo ejerce. Varios descuidos de Ortiz-Armengol dejan en el aire la relación cronológica

entre Dolores Galdós y su marido. Según la p. 51, en el momento de la boda don Sebastián tenía 40 años y la novia 27 (trece años de diferencia). Pero en la p. 27, en la misma fecha, la novia tenía 29 años y el novio 45. Y en la p. 53 “don Sebastián era consciente de que él era dieciséis años mayor” y “la novia tenía 22”. ¿Errores tipográficos, tal vez? Como “Álvarez Capra” y renglones después “Álvarez Cabra” (p. 305); “Riverol” (p. 38) y “Rivarol” (p. 39); “el castillo de Elsimon, por el recuerdo de Hamlet” (p. 421), que tal vez merecerían una fe de erratas.

Descuidos en la redacción y repeticiones obsesivas dificultan la lectura de una obra tan densa, como el uso casi constante de la forma en -ra (cantara) por el pretérito absoluto (cantó); el uso casi total del posesivo en relación con la edad: “sus 93 años”, “sus 28 años”; las palabras o frases coloquiales, a veces incomprensibles para el lector: “Esto es una «pola-cada»”, “insistido por su gran amiga” (p. 657); “dadas las antípodas de estilo personal” (p. 670); “bachilleratíl” (p. 211); “coríferos” (p. 370). Y algunas faltas de ortografía (“Arrivase”, “debelador”, “orbajocence”).

Importante me parece, en la presente obra, el señalamiento de una cuestión literaria no estudiada profundamente todavía: el hecho de que Galdós sea el gran antecedente de los escritores llamados del 98, y de que muchos de los hallazgos que a ellos se atribuyen forman ya parte de la obra del escritor canario. Entre ellos, el concepto de esperpento (p. 884, nota 619), la urgencia por europeizar a España (p. 686), la necesidad de cambios en la forma de gobierno (p. 684), la pasividad del español ante su destino (p. 723), entre algunos otros.

Y una conclusión que no deja lugar a dudas: la inadecuación del hombre para organizar su propia vida y circunstancias, cuestión que llevó a Galdós a un caos vivencial que no fue, por fortuna, un impedimento para su creación. Los lazos entre la vida y la obra nunca son racionales, como dijo Mauron. De ahí el desequilibrio entre el yo creador y el yo social. La vida sólo podrá explicarse a través de la obra, nunca a la inversa. De ahí que cualquier intento de biografía a partir de los hechos externos (ya sean familiares, amicales o informativos) está en peligro de perderse entre datos sin significado.

PACIENCIA ONTAÑÓN DE LOPE

Universidad Nacional Autónoma de México

EFRÉN HERNÁNDEZ, *Bosquejos*. Edición de María de Lourdes Franco Bagnouls. UNAM, México, 1995; 269 pp.

Hace treinta años se publicó el volumen *Obras* (México, 1965), que recoge la poesía narrativa de Efrén Hernández, mas no sus artículos, ensayos y notas, desde entonces advertidos y consignados por sus editores, Alí Chumacero y Luis Mario Schneider. Ahora, Franco Bagnouls prosigue